

estudio teológico, a la Iglesia y a la universidad, en la que se unen la perspectiva teórica con la praxis eclesial y la dimensión pastoral, a través de los mencionados campos —tan queridos al profesor augsburgués— de la filosofía y la vida espiritual, del estudio y contemplación de Cristo y María, de los sacramentos y de la escatología, así como del análisis del pasado, del presente y del futuro de la Iglesia. Un completo panorama que ofrece una buena idea de la labor cristiana y universitaria en servicio del *donum veritatis*, que ha realizado el profesor Anton Ziegenaus, por medio de su obra y su magisterio teológicos.

Pablo BLANCO

Luigi IAMMARRONE, *Giovanni Duns Scotto metafisico e teologo. Le tematiche fondamentali della sua filosofia e teologia*, 2ª ed., Miscellanea Franciscana («I maestri francescani», 10), Roma 2003, 857 pp., ISBN 88-87931-36-4.

El profesor Luigi Iammarrone, ordinario de Teología Dogmática en la Pontificia Facultad «Seraphicum» de Roma, de los franciscanos conventuales, ha publicado una segunda edición de su monumental trabajo dedicado a la filosofía y la teología de Juan Duns Escoto, filósofo y teólogo medieval. A lo largo de los últimos decenios, la obra de Escoto ha vuelto a despertar la atención de los estudiosos a causa de su interés para la antropología filosófica y del ritmo constante con que procede la edición crítica de sus obras. En este sentido, el trabajo del prof. Iammarrone es de gran utilidad pues ofrece una visión completa y profunda de las doctrinas filosóficas y teológicas de Escoto. En estos años han ido apareciendo diversos estudios sobre aspectos particulares de su doctrina, y alguna introducción a su pensamiento, pero faltaba quizá una obra de síntesis, y eso es lo que Iammarrone nos ofrece en este estudio.

La introducción a la obra (pp. 5-20), tras presentar el conocido prólogo de la *Ordinatio* en el que Escoto expone las opiniones de filósofos y teólogos sobre la necesidad de la Revelación para una plena realización del hombre, explica que para el Doctor Sutil, teólogo ante todo, la necesidad de la Revelación deriva de la insuficiencia de planteamientos sólo de tipo metafísico-gnoseológico o de carácter antropológico, por ejemplo, debido a que en última instancia afirma que el hombre ha sido creado por Dios en cuanto elevado al orden sobrenatural en Cristo y por tanto su existencia en este mundo se coloca ya en el orden de la gracia. La búsqueda filosófica del destino es en última instancia un caminar hacia Cristo, la auténtica antropología es para Escoto una antropología cristológica.

La obra está dividida en cuatro partes, cada una ella dividida a su vez en varios capítulos. La primera parte trata de la naturaleza del ente. El primer ca-

pítulo de esta parte versa sobre el objeto propio del intelecto humano (pp. 23-53). Escoto, en el contexto de las relaciones entre metafísica y gnoseología, explica que el objeto propio del intelecto humano es todo lo que cae bajo la razón de ente y, en última instancia, Dios. Escoto critica las tesis de santo Tomás y de san Agustín sobre este punto. Iammarrone hace ver, sin embargo, el porqué de esta crítica y los puntos en que coinciden ambos doctores. El segundo capítulo trata de la intuición del ente (pp. 55-66), y presenta la tesis de Escoto de la intuición del ente como conocimiento inmediato del ente existente. La intuición del ente inicia con el conocimiento del singular material. El capítulo 3 (pp. 67-76), aborda la naturaleza del ente y expone lo que Escoto entiende por ente, ser, esencia y existencia. En el capítulo 4 (pp. 77-107) desarrolla un tema que para Escoto está íntimamente ligado al anterior: la univocidad del ente. Se trata de un argumento importante, pues la univocidad puede hacer referencia al aspecto ontológico o al aspecto lógico. Históricamente, la interpretación del pensamiento de Escoto sobre este punto encuentra defensores de las dos posibilidades. Iammarrone piensa, a la vista de los textos, que Escoto se refiere en primer lugar al aspecto ontológico y sólo después al gnoseológico. Tras repasar brevemente la historia de esta temática y su importancia, nuestro autor recuerda que la univocidad del ente de Escoto se basa en la consideración de las «naturalezas absolutas» de origen aviceniano y platónico. A esta visión de la metafísica como ciencia de las esencias y por tanto de los posibles, se opone la visión metafísica de Aristóteles y de santo Tomás. En cualquier caso, la univocidad del ente no excluye la analogía, antes bien pone de manifiesto su ineludible necesidad. El capítulo 5 (pp. 109-112) está dedicado a las propiedades trascendentales del ente. El capítulo 6 (pp. 113-135) tiene por título «la gnoseología». En él se estudia la doctrina psicológica de Escoto sobre el conocimiento humano: la abstracción, el papel del sujeto y del objeto en la génesis del conocimiento, el conocimiento del singular inmaterial, y se hace un breve comparación con la doctrina de Tomás de Aquino. El capítulo 7 (pp. 137-146) trata del problema de la ciencia y del valor de los primeros principios.

La segunda parte de la obra está dedicada a la antropología filosófica de Duns Escoto. El primer capítulo (pp. 149-171) de esta parte trata del hombre y de su estructura. Se estudia en él la cuestión de la unidad y pluralidad de las formas y se presenta la reflexión escotista sobre el alma humana: su carácter de forma substancial del cuerpo y la inmortalidad del alma. Se indican también las diferencias con el pensamiento tomista. El segundo capítulo (pp. 173-193) está dedicado a la voluntad y al entendimiento. Se aborda la esencia de la voluntad, y el papel que la voluntad y el intelecto desempeñan en la génesis del acto libre. Es éste un punto notorio de la diferencia de opinión entre Tomás de Aquino y Escoto. El capítulo 3, donde se explica la doctrina de la libertad de Santo Tomás (pp.

195-222), concluye con una precisa exposición de las convergencias y divergencias entre los dos doctores. El capítulo cuarto (pp. 223-239) trata del principio de individuación, que, como es sabido, es un argumento que ha tenido gran importancia en la escolástica medieval. Escoto se diferencia también en este aspecto de las tesis tomistas y da gran realce al valor del individuo como tal. Iammarrone señala con precisión las diferencias de Escoto con Santo Tomás. En el quinto capítulo (pp. 241-246) se estudia brevemente la estructura de la persona. Se trata sobre todo de distinguir el principio de individuación, que se sitúa en el orden de la esencia, del principio constitutivo de la persona, que hace referencia al orden de la subsistencia. Escoto no condivide la definición boeciana de persona y hace suya en cambio la de Ricardo de San Víctor: *intellectualis naturae incommunicabilis existentia* (*De Trinitate*, f. IV, c. 21). El capítulo sexto (pp. 247-253) aborda el tema del ente finito material, objeto de conocimiento directo por parte del hombre. Iammarrone trata aquí del problema del devenir y de la contingencia.

La tercera parte de esta obra se titula «teología filosófica» y trata sobre Dios. El primer capítulo (pp. 258-290) tiene por título: «El infinito metafísico. La existencia de Dios, ser infinito». Como ya señaló en su día E. Wilson, el infinito tiene en el pensamiento de Escoto la misma importancia que en el de santo Tomás tiene el Ser subsistente. La esencia de Dios estriba para cada uno de ellos precisamente en eso. De ahí que Escoto se plantee, como este capítulo hace ver, la existencia de Dios, si el hombre es capaz de conocerlo, si ese conocimiento es *a priori* o *a posteriori*. El capítulo segundo (pp. 291-320) trata sobre «la infinitud de Dios». Después de haber expuesto el triple primado del Ser primero —es el Primer eficiente, la suprema Causa final, el Perfectísimo—, aborda el estudio de la naturaleza de este Ser, y de si es finita o infinita. Para Escoto, metafísico de la esencia, la infinitud es la razón de atribución a Dios de todas las perfecciones puras y lo que le distingue radicalmente de todos los demás entes. Mas allá de las divergencias con santo Tomás, el capítulo se cierra con unas interesantes consideraciones sobre la validez del método escotista ante las objeciones de la filosofía moderna. En el capítulo tercero (pp. 321-334) se estudia «la simplicidad divina», que Escoto deduce de la infinitud de Dios y que considera compatible con la pluralidad actual formal de las perfecciones divinas. El capítulo cuarto (pp. 335-353) trata de «la inmutabilidad de Dios», que es consecuencia de su simplicidad. Escoto defiende la inmutabilidad divina tanto a nivel substancial como operativo, a la vez que trata de la relación en Dios entre inmutabilidad y libertad. El capítulo quinto (pp. 355-376) estudia «el “devenir” de Dios». Se presentan al inicio algunos teólogos que en los últimos decenios han defendido la mutabilidad divina en el contexto del misterio de la creación y de la Encarnación del Verbo. Se hace ver después cómo la tesis de la mutabilidad divina es indefendible desde la doctrina escotista y se termina haciendo al-

gunas observaciones a las tesis de varios teólogos contemporáneos. El capítulo sexto (pp. 377-400) se centra en «la ciencia divina». Para Escoto el intelecto divino es una perfección intrínseca de la esencia divina, forma parte de la estructura esencial de Dios. En este capítulo se estudia el conocimiento que Dios tiene de si mismo, y se distingue el objeto primario de la ciencia divina: Dios, Uno y Trino, del objeto secundario: lo posible y lo contingente. Iammarrone señala las diferencias que en este campo existen entre Escoto, Enrique de Gante y Tomás de Aquino. En el capítulo séptimo (pp. 401-419) se aborda el tema de «la voluntad divina». A diferencia de otros filósofos y teólogos medievales que consideraban el entendimiento y la voluntad de Dios como atributos de tipo operativo, para Escoto, la voluntad, al igual que el entendimiento, como hemos ya mencionado, es una perfección intrínseca de la esencia divina. La voluntad divina es esencialmente libertad. Se estudia después la racionalidad intrínseca de la voluntad divina, la racionalidad en relación con las operaciones divinas *ad extra*, para terminar haciendo una breve comparación entre Escoto, Schelling y Pareyson por lo que se refiere a la libertad divina. El octavo capítulo (pp. 421-476) versa sobre «la omnipotencia divina y la creación de los (entes) contingentes». Se trata de un argumento importante, pues de la solución que se de al problema de la creación dependerá la relación entre finito e Infinito. Si la creación tiene su fundamento en la voluntad libre de la Causa primera, no puede no ser contingente. Como Escoto señala, fuera de la doctrina cristiana, las soluciones aportadas por la filosofía griega o la árabe, particularmente por Aristóteles y Avicena, postulan una relación necesaria entre Dios y los entes finitos. La raíz última de la contingencia, según Escoto, radica en Dios, que en sus obras *ad extra* es absolutamente libre. El conocimiento de los futuros contingentes depende, según el Doctor Sutil, de la determinación de la voluntad divina. Por lo que se refiere a la creación de los entes contingentes, niega la existencia de cualquier relación de necesidad entre Dios y los entes finitos, a causa de la infinitud divina. Dios podría existir incluso si no se hubiera decidido a crearlos, cosa que ha hecho como causa absolutamente libre. El último tema que se aborda es el relativo a la omnipresencia y a la providencia divina. No se deja de señalar a lo largo de estas páginas las discrepancias que suele haber entre la doctrina tomista y la escotista. El capítulo noveno (pp. 477-505) trata sobre «la doctrina moral» y aborda uno de los temas más discutidos sobre la doctrina del Doctor Sutil, que para algunos se presenta como una muestra de la arbitrariedad divina y para otros de la indeterminación ética. Se expone con detalle la concepción de Escoto sobre la ley natural y su dispensabilidad, en torno a la conocida distinción entre las dos tablas de los diez mandamientos.

La cuarta y última parte de este libro trata sobre la teología revelada. El primer capítulo (pp. 509-537) se titula «la visión trinitaria». La doctrina de Es-

coto sobre Dios no se limita a lo que la razón humana puede conocer sobre El, sino que continúa considerando lo que la Revelación enseña, en este caso sobre la Unidad y la Trinidad de Dios. Se señalan algunos rasgos específicos de Escoto en este campo y se subraya cómo su especulación teológica tiene el mérito de haber intuido la conexión real entre los misterios de la Trinidad, la Encarnación y la elevación sobrenatural del hombre, al reconducirlos a su única fuente, el Dios Uno y Trino, que es Amor. El segundo capítulo (pp. 539-596) está dedicado a «la encarnación del Verbo». Se abordan aquí diversos temas delicados, sobre cuya solución hay diversidad de opiniones dentro de la misma escuela scotista. Basta pensar en la discusión sobre la dependencia o independencia hipostática de la naturaleza humana asumida respecto al Verbo asumente. Después de presentar los textos fehacientes del Doctor Sutil, Iammarrone sostiene que, según Escoto, la función hipostática que el Verbo tiene respecto a la naturaleza asumida consiste en la comunicación de su ser personal a esa naturaleza, que se encuentra por tanto en la dependencia más absoluta respecto a la hipóstasis asumente. Si la Encarnación desde el punto de vista de la causalidad eficiente es obra de las tres Personas divinas, formal o terminativamente considerada es propia del Verbo. Iammarrone es de la opinión que Escoto admite una cierta información de la naturaleza asumida por parte del Verbo para poder explicar la singularidad de la Encarnación sólo en su Persona. Iammarrone lógicamente niega la opinión de aquellos que presentan a Escoto como un defensor del «Assumptus Homo». El tercer capítulo (pp. 596-622) estudia «la psicología de la Encarnación», es decir, de la vida humana espiritual de Cristo que se manifiesta a través del ejercicio de la actividad intelectual y volitiva, en otras palabras, de la ciencia y autoconciencia, y de la voluntad libre de Cristo. En este capítulo se abordan los aspectos intelectuales: la existencia en Cristo de la visión beatífica y la unidad del yo de Cristo, rechazando las tesis de Deodat de Basly, León Seiller y Giulio Basetti-Sani. El capítulo cuarto (pp. 623-637) trata sobre «el dinamismo del ser humano de Jesús en el orden de la redención». Se expone aquí la doctrina de Escoto sobre la compatibilidad de la visión beata y la impecabilidad de Cristo, y la compatibilidad entre la libertad, la obediencia y el mérito. La Pasión de Cristo es, para Escoto, que dedica en cambio poco espacio a la Resurrección del Señor, la máxima expresión de la libertad de Cristo, que entrega su vida movido por su sumo amor al Padre y a los hombres. Escoto subraya sobre todo la causalidad moral de Cristo en la salvación de los hombres y atribuye la causalidad eficiente a la Trinidad. El capítulo quinto (pp. 639-660) está dedicado a «la Inmaculada Concepción de María Madre de Dios». Después de subrayar la tradición mariana que caracteriza a la escuela franciscana, de recordar la piedad mariana de san Francisco, de exponer sucintamente la doctrina mariana de los principales maestros franciscanos del siglo XII, y de señalar que

Guillermo de Ware fue el primero que se distinguió por la defensa de la Inmaculada Concepción de María, Iammarrone expone en este capítulo la doctrina de Duns Escoto sobre la Inmaculada Concepción. Escoto consiguió demostrar la posibilidad, filosófica y teológica, de la Inmaculada Concepción de María. El capítulo VI (pp. 661-689) está dedicado a «el primado de Cristo en la creación», que constituye, como es sabido, uno de los puntos característicos de la cristología escotista. Escoto funda el primado de Cristo en la creación en ocasiones en la perfección ontológica que deriva de ser el Verbo encarnado; otras veces lo fundamenta en su predestinación a la gloria. Este primado, que para Escoto tiene un valor absoluto, nace del misterio de Dios, que es Amor. Para Escoto carece de sentido hablar de un motivo, de una razón de la Encarnación, pues el amor de Dios está siempre antes y no depende por tanto de la criatura. A esto se añade que, según la jerarquía de los entes, es decir, de su respectiva perfección entitativa, la Persona divina del Verbo encarnado no puede estar subordinada a las personas creadas. Iammarrone concluye estos capítulos dedicados a la cristología de Escoto subrayando aquellos aspectos que a su juicio confieren actualidad a la doctrina escotista a la vez que indica aquellos aspectos que carecen de ella. El capítulo séptimo (pp. 691-745) se centra en «el retorno a Dios que diviniza», es decir en el pensamiento de Escoto sobre Dios como fin último del hombre y del cosmos. Se trata aquí de temas variados pero relacionados entre sí, como son el último fin natural y sobrenatural del hombre y la esencia de la beatitud; la gracia, como principio de vida sobrenatural, la gracia y la caridad, la beatitud y el mérito; se expone también la doctrina de Escoto sobre la cuestión de la predestinación, y por tanto de la coexistencia de la gracia y del libre albedrío. Iammarrone descarta la interpretación de W. Pannenberg sobre la doctrina de Escoto acerca del conocimiento que tiene Dios de los futuros contingentes y que le lleva a sostener que la doctrina escotista sobre la predestinación no fue unitaria. Finalmente, se aborda también en este capítulo la vida sacramental: la institución de los sacramentos, su causalidad y, con más detenimiento, la doctrina de Escoto sobre la presencia de Cristo en la Eucaristía. El capítulo octavo (pp. 747-791) se titula «la teología como ciencia práctica». Después de haber explicado la doctrina de Escoto sobre la necesidad de la Revelación para conocer el último fin de la vida humana en concreto, se estudian aquí las enseñanzas del Doctor Sutil sobre el objeto de la teología, el carácter científico de la teología y el carácter de ciencia práctica que posee la teología. La unidad del saber teológico proviene del objeto primario de la teología, que es la esencia divina en la que se contienen las realidades necesarias y las contingentes.

El libro termina con una «Conclusión general» (pp. 793-814) en la que se ofrece una apretada síntesis del pensamiento filosófico y teológico de Duns Escoto. Iammarrone advierte la dificultad de elaborar una síntesis filosófica de la

doctrina de un autor que es ante todo un teólogo que no ha tratado la realidad sólo con la luz natural de la razón, sino con esta razón iluminada por la fe. La filosofía de Escoto es una filosofía impregnada de espíritu cristiano. Desde un punto de vista teológico, la síntesis escotista ha sido explicada de diversos modos: el papel preponderante que atribuiría al primado de la voluntad, el cristocentrismo, la libertad y la omnipotencia divinas, etc. Para Iammarrone el fundamento de todo el edificio teológico de Escoto, desde un punto de vista teorético y existencial, es teocéntrico: Dios Uno y Trino, en el cual encuentran cabida el cristocentrismo y el primado del amor. A esta conclusión general, siguen unas páginas con una breve cronología biográfica de Duns Escoto (pp. 815-816), una bibliografía esencial (pp. 817-820), un índice onomástico (pp. 821-824), un amplio índice analítico (pp. 825-843) y el índice general de la obra (pp. 845-857).

Como el lector se habrá ya dado cuenta, nos encontramos ante un trabajo de envergadura. Nos parece que estamos ante una obra que será indudablemente punto de referencia obligado para todos aquellos que necesiten introducirse en el pensamiento de Duns Escoto o profundizar en su doctrina. Sólo esto es ya de agradecer. Pero además me parece que vale la pena subrayar algunos rasgos peculiares de este trabajo. Iammarrone es un teólogo conocido desde hace mucho tiempo por sus estudios sobre la doctrina de Santo Tomás de Aquino, a cuya Pontificia Academia pertenece desde hace muchos años. Este bagaje aflora con frecuencia a lo largo de este exhaustivo estudio cuando señala con precisión las diferencias que eventualmente se dan entre la doctrina de santo Tomás y la del beato Escoto. Por otra parte, como buen conocedor que es de la corriente escotista, a lo largo del trabajo, a medida que se suceden los temas que introduce, señala también las diversas opiniones que sobre la concreta postura de Escoto se han podido producir a lo largo de los siglos dentro de la misma escuela escotista. También evidencia aquellos aspectos de la doctrina de Duns Escoto que en su opinión el Doctor Sutil no consiguió resolver. Nos hallamos, en resumen, ante una obra meritoria que no podrá más que beneficiar a quienes la estudien o consulten.

José Antonio RIESTRA

Paul O'CALLAGHAN, *The Christological Assimilation of the Apocalypse*, Four Courts Press, Dublin 2004, 336 pp., 16 x 23, ISBN 1-85182-781-1.

Puede afirmarse que si en el s. XIX y los comienzos del s. XX, el primer libro de la Biblia fue objeto de interés particular por parte de los exegetas, el transcurso del siglo XX atrajo una atención cada vez mayor al último libro —el Apocalipsis— (junto con otras obras del mismo género). Gracias a las pu-